

estaba completamente llena de él, presionada contra el fresco y maloliente colchón, mis manos echadas sobre mi cabeza o estiradas para acariciarlo. Él me pellizcaba y acariciaba el cuello y la espalda, profiriendo grandes gemidos de forma juvenil y animal, mientras yo sentía como si literalmente fuera a explotar de plenitud, la inmersión total de mi ser en este increíble deseo masculino. Cada fibra de mi carne temblaba y lloraba en la mañana tranquila, mientras me venía de nuevo en un espasmo sin fin de liberación que me dejaba hueca, cóncava y vacía, con una luz blanca como un rayo explotando en mi cerebro.



QUE SE JODA LA PÍLDORA: UNA DIGRESIÓN

En su primer viaje a la ciudad, Billy había comprado condones no sin cierta vergüenza, los usó durante nuestra primera noche en nuestra cabaña pero frente a mi insistencia, nunca los volvió a usar. Entendí y aprecié su precaución, pero eran todo un lastre. Hasta ese momento yo nunca había usado ningún anticonceptivo. De hecho, durante los primeros años de vagabundear por la ciudad, nunca usé nada para evitar el embarazo y ni una vez quedé embarazada. Algún tipo de carisma juvenil mantuvo la cosa en marcha.¹

La única vez que pensé que estaba embarazada, con

1. N.B. 1988. Por favor, lectores, esto no es, repito, *no* es un estímulo para evitar condones ahora. Coquetear con el embarazo

dos semanas de atraso en mi periodo, di una larga caminata bajo el sol abrazador (era julio), con un yonqui pelirrojo y maniático llamado Ambrosio, por la Calle West, más allá de la terminal de los camiones y los adoquines. Llegamos a un embarcadero y nos subimos a un transbordador hacia Jersey City, donde una banda de chicos nos siguió y gritó; compramos sandwiches de mortadela en una salchichonería local, seguimos nuestro camino hacia el cementerio de la ciudad, donde nos sentamos en las tumbas a comer y recitarnos a Keats. Un enorme perro blanco salió de la nada y apoyó su cabeza en mi regazo como un unicornio en un viejo tapiz mientras yo estaba sentada en una tumba, y de inmediato comenzó una hemorragia. Este es un método de abortar que yo recomiendo altamente, aunque nunca he sabido de alguien más que lo haya tratado, ya sea con éxito o sin él. Lo único malo fue que cuando llegó el momento de regresar a Manhattan no pudimos encontrar un transbordador, y el conductor del autobús que nos llevó al canal del Hudson nos dijo que el transbordador no había funcionado en varios años...

Más tarde, después de que me mudé a la parte alta de la ciudad, conseguí un diafragma en la clínica Sanger, con mucha inquietud y mintiendo ser casada; me levantaba de la cama en ese departamento helado como agua fría,

es una cosa: tener un hijo o hija puede ser una gran celebración de la vida; coquetear con el SIDA es otra cosa: es simplemente cortejar una muerte rápida y horrible.

y entraba en esa habitación llamada “almacén de leña”, donde me paraba, temblando de frío, mientras deslizaba en su lugar el pequeño disco de goma. Para cuando volvía a la cama, temblando y con los pies fríos, era una cuestión de comenzar de nuevo, llegar de alguna manera a la pasión que habíamos logrado tan fácil y naturalmente en el principio.

Bueno, podrías alardear y decir, eso quedó en el pasado, las chicas suertudas tienen ahora la píldora y pueden hacer lo que les plazca, son tan libres como los hombres, etcétera, etcétera. ¡La píldora, la píldora, la píldora! Estoy tan cansada de escuchar de la píldora. Déjame decirte sobre la píldora. Te hace engordar, eso hace. Te da hambre. Te da dolor en los senos, náuseas leves, te condena, te evita el embarazo para vivir en un estado perpetuo de embarazo temprano: mareos, náuseas, incluso es posible que estalles en lágrimas. Y —la mayor ironía—te produce a ti, que finalmente has logrado la total libertad para coger, mucho menos probabilidades de querer coger, reduce el deseo sexual. ¡Cuánto logro por la píldora!

Luego está el pequeño y ingenioso artefacto conocido como DIU, aparato intrauterino. Un pequeño y cómico resorte de plástico que te pegan en el útero. ¿Y por qué no? El principio sobre el que funciona (eso piensan), es que vuelve a tu matriz frenética tratando de deshacerse de él, y todo dentro de ti sucede mucho más rápido: el huevo mensual pasa a través de su sistema en dos o tres horas, en lugar de durante varios días. Sólo algunas pequeñas cosas están mal con el DIU: calambres, sangrado intermitente, un estado general de ten-

sión. También tiene la costumbre de moverse y puede aparecer en cualquier lugar, o no aparecer en absoluto. Hay dos cuerdas unidas al pequeño e ingenioso artefacto que sobresalen del cuello de tu matriz, que se supone debes verificar hurgando en tu vagina para saber si las cuerdas todavía están allí. Nadie me había dicho qué hacer si no estuvieran allí. Dado que el DIU solo permite a la naturaleza un margen estrecho de funcionamiento, hay algunas horas cuando sí podrías embarazarte y, si te vas a embarazar, supongo que probablemente lo harías en ese breve lapso. Una vez una enfermera me contó que un bebé nació con la espiral de un alambre incrustado en la placenta.

¿Entonces qué? ¿Qué nos queda? Nos quedan los anticuados diafragmas y todas sabemos el lastre que son, y cremas y espumas casi tan antiguas, que supuestamente se pueden usar sin diafragma y son buenas exactamente por veinte o treinta minutos después de la inserción, lo que significa que tienes que trabajar bastante rápido, con un ojo en el reloj. Además gotean y se deslizan y son indescritiblemente pegajosas y hay que añadir al gozo natural y alegre de la lujuria cierta textura química y sabor, el cual supongo que con determinación, podría convertirse en un gusto adquirido, pero es por lo menos un poco desagradable para los no iniciados. Y si quieres repetirlo, si él logra que se le pare nuevamente, tienes que insertar un poco más de espuma a todo el lío pegajoso dentro de ti. Medieval, yo diría.

O la opción es tener bebés. Tener bebés tiene ciertas ventajas, para no contradecir. Una es que no tienes que hacer nada al respecto —cuando quieres coger,

simplemente coges. Nada pegajoso, ninguna tensión de decisiones. Si te embarazas, el malestar del embarazo temprano tiende a durar dos o tres meses —mientras que con la píldora dura siempre. El embarazo siempre me hace querer coger más y también lo disfruto más. En los últimos meses, se añaden las delicias de la ingenuidad y se descubren varios nuevos placeres. En cuanto al parto, tener un bebé es cuestión de acostarse y tenerlo. Después del primero nada podría ser más fácil si olvidas las reglas: olvídate de los doctores, hospitales, enemas, rasurarte el vello púbico, olvídate del estoicismo y el parto “sin dolor” —simplemente grita y empuja la maldita cosa. Requiere menos tiempo, problemas y pensamiento que cualquiera de los llamados “métodos modernos de control de natalidad”. ¿Y para mantener a la criatura? Consigue asistencia social, deja de trabajar, quédate en casa, mantente pacheca y coge.



Ser la mujer de tres hombres fue una experiencia interesante. Big Bill me deseaba pero lo evadí por un tiempo. No sabía cómo lo tomaría Billy si yo lo hacía con su papá, y me gustaba profundamente como para joder las cosas.

Finalmente nos reunimos un fin de semana cuando Billy y Little John salieron a hacer una caminata de dos días. Después de la cena, Big Bill se sentó en el sofá a mi lado y prosiguió a desabrocharme la falda. Su deliberación y seguridad se produjeron como moderación y el olor a hombre de su cuerpo —sudor, tierra y tabaco— fue tremendamente excitante para mí. Con la excepción

de ser violada por Serge Klebert, nunca lo había hecho con un hombre mayor, y me sorprendió gratamente. El cuerpo de Big Bill era delgado y fuerte, sus músculos bien definidos, como de acero debajo de la piel suave y móvil. Su pene, cuando lo extraje de sus pantalones de trabajo, era más delgado pero levemente más largo que el de Billy. Tenía un aire amable y mundano al respecto, como si hubiera acumulado sabiduría de todos los años en que había entrado. Había una destreza y fuerza en sus largos dedos mientras me tomaba, y una habilidad y entendimiento en sus labios sobre mis senos, que era tranquilizante y encantador. Iba a embarcarme en un viaje con un marinero experimentado, uno que conocía el viaje y cada cambio del viento. Entendió mi juventud y mi torpeza, y los vio como algo precioso, difícil de conseguir.

Pasamos una noche hermosa en el sofá, cogiendo y dormitando hasta el amanecer, y luego, cuando apareció la luz del día, nos fuimos tambaleando a nuestras camas separadas para dormir unas horas.

La relación con Little John fue otra cosa. Éramos demasiado parecidos en nuestra pequeñez, en nuestra elevada energía y nuestra resistencia para interesarnos el uno al otro. Aunque tratamos de besarnos experimentalmente una o dos veces en la tarde cuando Big Bill y Billy estaban fuera en el trabajo, y John aún no había conseguido un empleo con el equipo de la carretera, nunca iba a ninguna parte, y nunca pensamos mucho en eso, de una forma u otra.

Por la noche nos encontrábamos los cuatro escuchando el mundo en la radio de onda corta de Big Bill

—el mundo externo que parecía tan lejano de nuestra casa de campo pero que de repente surgía: cerca, traicionero y amenazante tan pronto como girábamos el botón. O jugábamos ajedrez o leíamos obras de teatro juntos. A Big Bill realmente le gustaban las obras teatrales de aficionados y le encantaba la idea de pasar las noches en el campo haciendo lecturas escenificadas. Tenía buena voz y era realmente bueno en eso: Shakespeare o Brecht, encontraba a Cocteau demasiado ligero, nos vociferaba las líneas mientras los insectos aterrizaban estrellándose por miles sobre los mosquiteros de las ventanas, atraídos por nuestras luces de última hora.

Sí, era bueno ser la chica de tres hombres, y cada uno de ellos con su propio viaje, cada uno deseando cosas diferentes para que el mundo se completara, una interacción, como una foto con triple exposición, hecha un infinito espacio. Desde entonces he descubierto que, por lo general, es bueno ser la mujer de muchos hombres a la vez, o ser una de las muchas mujeres en el círculo de un hombre, o ser una de las muchas mujeres en un hogar con muchos hombres, y la relación entre todos nosotros siempre era cambiante y ambigua. Lo que no es bueno, lo que es claustrofóbico y somnífero, es la relación regular de uno a uno. Está bien por un fin de semana, o un mes en las montañas, pero no está bien como una cosa de largo tiempo, no está bien una vez que ambos se han dicho a sí mismos que ésta será su forma de vida. Luego empiezan los reclamos interminables, los malabarismos para evitar el aburrimiento, y el cierre lento e inexorable del horizonte infinito de Dios,

como las paredes al rojo vivo en “El pozo y el péndulo” de Poe que se mueven inexorablemente y ahogan la vida de tu mundo.

En la Edad Media existía el cinturón de castidad —pero eso al menos podía arreglarse con una sierra para metales si no había otra cosa. En los días de nuestros padres existía el matrimonio, algunas veces todavía existe y es bastante feo, pero es la forma legal y puede ser tratado con más de lo mismo, más papeles. Es desagradable, pero es la única forma del monstruo. El gran horror, la pesadilla con la cual muchos de nosotros pasamos nuestras vidas de adultos, es la creencia insidiosa y profundamente arraigada del “uno a uno” en el mundo. El mundo de “este es mi viejo”. Vive con un hombre y comenzarás a reclamarlo. Vive con cinco y tendrás el mismo reclamo pero desperdigado, ambiguo, indefinido. Lo que no es llenado por uno es llenado por otro fácilmente, nadie obsesionado con la culpabilidad e incompetencia, nadie que empuja a la pared por demandas que él/ella no puede cumplir.

Recuerdo haber leído en los libros de esa gran mujer exploradora, Alexandra David-Neel, que en el Tibet ambas, la poligamia y la poliandria, fueron alguna vez practicadas libremente. Me gustaría saber más de esa estructura social, cómo trabajaba, cómo la hacían funcionar, quién vivía con quién. En las fotos las mujeres son hermosas, fuertes, criaturas libres, suficientes para ellas mismas; leí que ellas poseían tierras y negocios como los hombres; y los hombres —bueno, los hombres y las mujeres juntos crearon una de las magias más salvajes que este planeta haya presenciado.

FloreCIMOS en nuestra granja del río Hudson. Funcionó para cada uno. Big Bill se ocupó de mi mente —su generosidad y estabilidad, su confianza me hicieron sentir bien, como nunca me había sentido en mi vida, y su galantería me hacía sentir hermosa. Billy era compañero de equipo y camarada, éramos buena pareja: podía seguir siendo yo misma con él en las caminatas, quitando la yerba mala o cogiendo; mi fuerza vital igualaba la suya. Y Little John era hermano y amigo, escuchaba mi paranoia resonando en su cabeza, encontraba sus secretos enunciados en mis poemas. Muchos juegos de ajedrez estancados pasaron entre nosotros.

Era una vida diferente de la que había conocido antes: la quietud de esos largos atardeceres, donde pasábamos la mariguana y murmurábamos oraciones breves y cálidas el uno al otro, en la desnuda y desaliñada sala de estar con su sofá gastado y sus sillas gruesas. Algunas veces Billy nos cantaba, Big Bill recordaba y contaba anécdotas de Woody Guthrie, o de sus correrías durante el barullo de la guerra por la ciudad de Nueva York; Little John escribía en cuadernos, mientras se mordía las esquinas de las uñas. Me acostumbré al ritmo lento y espaciado de los días y por un tiempo me parecía que nunca había conocido ningún otro que ese ritmo atemporal, los días pintados de verde por el jardín, las noches doradas por la lámpara de petróleo. Me perdí a mí misma en el nuevo rol de mujer, una posición definida y revelada por mi sexo que consistía en hornear, reparar cosas, llevar a cabo la crianza, coger, es decir, la parte destinada a las “chicas” en la obra —y estaba contenta.

Pero lenta, de manera imperceptible, los días comenzaron a ser más cortos, la hierba se volvió marrón, y con los primeros grillos una inquietud se empezó a agitar en mí por el combate rápido y el duro vivir de la ciudad, por el juego y la lucha y el inagotable intercambio humano que era Nueva York para mí en ese momento. Me sorprendía a mí misma escuchando el tráfico, o el sonido de fondo de “Bird” tocado en un fonógrafo barato en el apartamento de a lado, y supe que era el momento para mí de seguir mi camino. Así que por el momento me despedí de Billy —el volvería a Nueva York en el otoño—, le devolví sus pantalones anchos y me puse la falda y la blusa de oficina. Big Bill me llevó a la estación de autobús y dentro de una hora estaba de vuelta en Nueva York.